

SEPARATA DEL LIBRO "POLENTA" de Mauricio Belmonte Pijoán



El imponente edificio de las Manufacturas Textiles Forno en una imagen de 1960. Archivo: Eduardo Forno, 2006.



Eduardo Forno, hijo de Herminio, posa junto a Rosa Calvet en el día de su boda.



Herminio Forno Calvet, artista ilustre y descendiente directo del notable empresario piamentés. Archivo: Eduardo Forno, 2006.

CUANDO LOS FORNO VESTÍAN CASIMIRES

Un viejo mirlo marrón acaba de posarse con soltura y despreocupación premeditadas en la rama rugosa del eucalipto. Desde allí empieza a sacudir su cola de manera intermitente tratando de llamar la atención de los moradores ocasionales, sean aves o humanos, lo mismo da, para luego imponer con desparpajo su agraciado trino. Abajo, muy cerca del lugar, un grupo reducido de obreros traslada con paso cansino desde un inmenso inmueble deshabitado cientos de residuos plásticos para después depositarlos en un rincón del patio. Una vez cumplida la misión, los hombres retornan con desgano evidente al galpón de paredes descascaradas para continuar con su labor cotidiana. Ni bien la figura del último de los obreros ha desaparecido por detrás de la imponente construcción, el pájaro bullicioso despliega su plumaje oscuro y se lanza en picada desafiante, antes que gorriones y tórtolas, para inspeccionar de cerca y con meticulosidad compulsiva cada uno de los objetos desechados. Vanos son los esfuerzos del emplumado por querer descubrir algo comestible en medio de esos escombros inservibles, esta vez su apetito voraz no encontrará provecho alguno. Humillado y con los crespos hechos, el mirlo regresa a su

posadero seguro dispuesto a interpretar una nueva melodía hasta que una siguiente oportunidad le permita llenar el buche. Por el momento sigue siendo dueño indiscutible del lugar y no hay quién lo contradiga. Claro, él sabe muy bien que sus ancestros más remotos empercharon la primera nidada en este rincón de la urbe paceña, cuando el galpón de paredes descascaradas era parte activa de la gran fábrica de textiles, la cual funcionaba a toda maquina generando empleo a cientos de trabajadores y proporcionando calidad y prestigio a la sociedad de ese entonces. En esas épocas, sus antepasados merodeaban a sus anchas por los jardines del establecimiento degustando con holgura de la variedad de árboles que allí se habían plantado. El clima en el barrio paceño de Achachicala, durante los años veinte, no fue menos frío y ventoso que ahora, pero eso no significa que en sus espaciosos terrenos escarpados no se pudieran sembrar eucaliptos y pinos.

Definitivamente eran otros tiempos, cuando una generación completa de mirlos le entregaba gustosa sus melodías al sol de levante, adornando con su canto las jornadas laborales de la extinta fábrica de casimires y textiles de Herminio Forno. Por su lado, el piamontés había llegado a Bolivia con la mente puesta en levantar un auténtico templo del buen vestir, donde la producción masiva de trajes y paños gozaría del aprecio de todos y sería al mismo tiempo venerado a lo largo y ancho de aquellas tierras sudamericanas. Forno era optimista aunque reservado, gustaba planificar sesudamente cada uno de sus proyectos y sólo los hacía públicos cuando tenía plena confianza de alcanzar el éxito. Así, enérgico pero retraído, Herminio empezó a gestar su obra cumbre: la Fábrica Nacional de Casimires.

Claro que el proyecto no era de inventiva reciente, éste fue concebido en la lejana población trasalpina de Biella, tierra donde se origina la historia familiar de los Forno. En esta coqueta región del norte italiano se engendra la pasión por la confección de casimires y es el padre de Herminio quien parece impulsar genéticamente esta actividad y la asocia con su apellido. Años más tarde su hijo mantendrá latente este impulso para darle forma y diseño propio lejos de Italia. Y precisamente es en Bolivia donde se funda la empresa, un día auspicioso de 1923 se inaugura oficialmente la construcción que albergará por décadas las instalaciones de la Fabrica Nacional¹.

Puntilloso y severo cuando las circunstancias así lo exigían, Herminio no dejaba pasar ningún detalle, por más pequeño que sea. Detestaba un trabajo a medio realizar y no podía soportar el incumplimiento o la carencia de palabra, además, le mortificaba la sola idea de pensar en la quiebra. En su mente todavía estaba fresco el recuerdo de su primera experiencia laboral fuera de Europa, cuando conoció a un empresario inglés, Frank Michell, y juntos intentaron darle vida a una empresa textilera en el valle peruano de Urcos. La sociedad entre ambos extranjeros no duraría mucho, pues las discrepancias constantes marcaron la pauta en la conducción del negocio. Todo se vino abajo; el inglés siguió su camino rumbo a Arequipa, mientras el italiano cambió de planes súbitamente para luego dirigir sus pasos hacia Bolivia. Allí instalaría a su familia, hizo la América con su esposa Catalina y su hijo Eduardo –el resto de la descendencia: Francisco, Lino, Guido y Luisa nacerán en suelo boliviano– para después buscar un lugar propicio donde incrustar los primeros pilares de su megaproyecto empresarial. El escenario que presentaba la ciudad de La Paz a comienzos de la década de los años veinte era favorable para cualquiera que deseara instalar un negocio de las dimensiones de la Fábrica Nacional de Casimires. Grandes extensiones de terrenos baldíos prosperaban por doquier y el incipiente espectro urbano apenas asomaba con timidez fuera de los límites de la plaza San Francisco. Entonces para que esperar más si se podía adquirir un pedazo de tierra para trabajarlo cuanto antes. Siguiendo esa lógica, Herminio y su familia compraron el primer lote –alrededor de unos 200 metros cuadrados de tierra– que a la postre sería piedra fundamental de un verdadero complejo industrial. La empresa textilera de los Forno alcanzó una extensión física de 27 mil metros cuadrados. Siendo la década del cuarenta la época de mayor apogeo para los empresarios italianos, en este periodo se terminó de levantar el conglomerado de edificios y galpones convirtiéndose en la obra de infraestructura empresarial más grande de Bolivia, denominación que siguió vigente hasta hace un par de años.

El edificio central, con sus cinco plantas, cada una con una extensión de tres mil metros cuadrados, albergó en su seno por muchos años maquinaria de primerísima calidad procedente de

¹ Dante Sabbioni, op.cit., p.1060.

Europa. Los sofisticados telares fabricados en Alemania y el Reino Unido trabajaban sin cesar día y noche elaborando distintas telas para casimires, paños, mantas y frazadas. El material que se empleaba para la confección de las prendas no era otro que la abundante lana de carnero, aunque a la hora de las preferencias, los afamados textileros hilvanaban con deleite finas vestimentas utilizando los suaves vellones de alpacas y vicuñas. Sin embargo, el agudo sentido empresarial de Herminio no se quedaba sosegado ni cuando dormía. En Sucre fundó la fábrica de sombreros Charcas & Glorieta, negocio que llevaba estampada la calidad y prestigio de su firma.

Por décadas la Fábrica Nacional de Casimires –después pasó a llamarse Manufacturas Textiles Forno– contribuyó al desarrollo industrial de esta nación y no es hasta la funesta irrupción del contrabando en el escenario comercial boliviano que se desestabiliza la empresa y las pérdidas económicas se incrementan notoriamente. Ni siquiera con la desaparición física de Herminio se había temido tanto por la suerte de la fábrica. Los sucesores, descendientes del fundador casi todos ellos, mantuvieron en alto las velas del negocio hasta finales de los años cincuenta. De allí para adelante, el negocio que hizo famoso al piamontés se vino en picada y su descendencia nada pudo hacer para evitar su quiebra en 1985. Ahora, prácticamente quedan ruinas de aquellos prestigiosos años; los galpones y el edificio intentan mantenerse incólumes ante el paso riguroso del tiempo, pero son simplemente un vestigio de una época que fue y ya no regresará más.